Algunos lo llaman lágrimas

Todas las tardes son iguales desde esta ventana.

La jacarandá me pinta de morado el cielo, es un engaño, como casi todo lo que me rodea.

Hay una calma que duele, un silencio, una asepsia hasta en los pensamientos, una tortura esta soledad impuesta, esta ausencia de relojes, de risas, de luz de horizontes.

Cuatro paredes, cuatro enfermeras, cuatro tranquilizantes diarios para calmar a la fiera.

Tengo los sueños medidos, sin coartada para escapar de ellos. Tengo un columpio en las sienes que no deja de chirriar con un vaivén fantasmagórico, como el péndulo del hipnotizador que vi en el circo cuando era niña.

Tic-tac,tic-tac me balanceo, giro y adelanto o atraso mi risa como el tren que no va a ninguna parte.

Enmudece el grito, se amolda como mis brazos a la corriente que atraviesa las sábanas. A ratos puedo ver el cielo desnudo, como las verdades.

Oigo en la habitación contigua un canto o un aullido, no sé bien, y pienso… tiene miedo.

Ya. Es el miedo, lo sé. Pero yo no tengo la culpa.

Se me nublan a veces mis ojos glaucos. Los heredé del gato, dice mi madre, y también miente.

Pero yo la dejo que diga mientras el animal maúlla de madrugada al perfil de la luna para castigarme a la oscuridad más absoluta.

La enfermera de las seis, el tranquilizante de las seis, la mudez de las seis, el café frío, la esperanza diluída en un cuenco donde me lavo las heridas.

Otro día rayando la pared con las uñas. Son muchos días, muchas rayas en la pared. Parecen las rejas de una cárcel. No sé hasta cuándo.

A veces araño a la nada, sin sangre, pero la luz no vuelve.

Nada es verdad, nada. La rebelión se está gestando al final del pasillo. Estaré alerta tras la trinchera mientras se me cierran los ojos para cumplir el ciclo de ausencia que me ordenan desde el historial adosado a los pies de la cama.

Así tiene que ser, me dice como si yo fuera una niña chica. Así tiene que ser, mientras desenreda y peina las explicaciones junto al entramado de mi pelo.

No te quejes, no. Es por tu bien.

Yo abrazo mi vientre vacío y una nana se me va escapando por los ojos. Algunos lo llaman lágrimas.

Hoy me he despertado. Digo bien. No sólo tengo los ojos abiertos, si no que he despertado del sueño de ser otra.

Me miro al espejo. He perdido muchos kilos que es lo que a simple vista llama la atención. Las otras cosas que he perdido, no se notan.

A nadie más importan, es el pan de cada día aquí en esta planta de ginecología.

El cubo de la basura guarda tantas ilusiones, en el cubo de la basura duermen los sueños de ser madre, en el cubo de la basura se recompone el monstruo del miedo a no ser aceptada como tambor hueco, como terreno baldío, como fuente seca, como cuna vacía.

Eso… es solo basura.

La que me mira desde el otro lado del azogue me dice que de un portazo y no mire atrás.

Salí del laberinto. Limpia de tranquilizantes, libre de pánico, estrenando alas. Me abrazo al tronco del árbol de jacarandá. Es hermoso y me doy cuenta que el cielo está arriba, pero al alcance de mi mano, que puedo, yo puedo, yo puedo, yo puedo!

Seudónimo: La Ganduya